

**Un lugar sin límites:
una mirada sobre los estudios comparados**
por Oscar Vallejos

¿Puede ser la aspiración a la libertad del saber la simple inversión de la relación entre opresor y oprimido, centro y periferia, imagen positiva y negativa?

Homi Bhabha

Presentamos un nuevo número de *El hilo de la fábula*. Una revista sobre literatura que a su tiempo y a su modo se hace cargo de la complejidad de pensar o de conocer hoy la literatura.

La perspectiva comparatista significa, como la novela de Donoso, “un lugar sin límites”. En el capítulo IV de *Teoría Literaria*, René Wellek menciona las diferentes “concepciones” de la “literatura comparada”. Si miramos atentamente lo que trata de hacer cada una de estas concepciones, veremos que la impronta comparatista se plantea como un modo de resolver el “más allá” de la literatura nacional. Wellek cita los trabajos de Curtius y Auerbach como aquellos que están bien orientados en resolver esta tensión entre la literatura nacional y lo supranacional. Pero Wellek mismo es ambivalente a este respecto. Es que, por operaciones que corren en diferentes dimensiones (o tramos) de la cultura, lo nacional se vuelve un paso obligado para pensar la literatura y el arte además de la política. El siglo diecinueve se vuelve histórico en dos coordenadas. Como plantea Szondi, en las cuestiones “poetológicas” hay un ascenso hacia la historicidad de lo bello en todas sus formas fenoménicas. Hay un movimiento hacia la exaltación de lo peculiar asociado, de manera definitiva, con los sonidos de la lengua nacional. La literatura se trama así con (en) la lengua nacional encastrando los estudios literarios con los estudios lingüísticos sobre la lengua nacional. En esta trama, resulta imposible imaginar la comprensión de la literatura fuera de los moldes de la literatura nacional. El esfuerzo primero fue comparar dos o más literaturas nacionales con la constelación de problemas asociados a esta comparación: influencia, traducción, prioridad. Como dice Wellek la literatura nacional tensiona el gesto comparatista. Pero los trabajos de Curtius y Auerbach producen un proceso de inversión: lo nacional resulta desbaratado. Estos autores declaran que este gesto por desbaratar lo nacional y tramar “lo común”, está vinculado no sólo con los problemas teóricos sino también con una preocupación por la preservación de la cultura occidental. Luego de la gran guerra, los estudios literarios —algunos, los mejores— se volvieron más sensibles a los estragos que acarrea sostener más allá de lo deseable la idea de lo nacional y la idea de pureza o no contaminación cultural. El esfuerzo temprano de estos trabajos de Curtius y Auerbach constituyen una fuente de aprendizaje en dos direcciones. Una, acerca de cómo hablar de la literatura sin límites territoriales o lingüísticos. Otra, acerca de cómo articular un compromiso por mejorar el estado de nuestro mundo con nuestros intereses intelectuales más profundos.

El trabajo de leer sin límites preestablecidos y de operar sobre problemas sociales urgentes es lo que nos interesa. Es una ecuación difícil. La literatura se ofrece (con resistencia) como el espacio donde leer, como dice Cavell, “la agenda inter-

na” del mundo que está tomando forma o cuerpo ante nuestros ojos. Esta comprensión profunda del funcionamiento de la literatura empuja hacia una lectura sin límites: la filosofía, la teoría política, la antropología, la lingüística crítica, los estudios culturales miden sus trabajos en un campo común. Como dice Martha Nussbaum, casi repitiendo una frase de Poe, la literatura se ocupa necesariamente de problemas que la filosofía (y aquellas disciplinas que se encargan de pensar aspectos de lo humano) puede omitir o evitar. Se revela así que la literatura no sólo enuncia una agenda interna a los procesos culturales y sociales más amplios sino también una agenda interna a la propia teoría literaria.

Arthur Danto, articulando su filosofía de la historia con su filosofía estética, plantea que hay una estructura histórica en la que es posible la ocurrencia de un cierto tipo de arte y de una cierta actividad humana. No sabemos muy bien cuán productivo o fértil es este complejo planteamiento, pero sí sabemos que nos obliga a pensar en una “determinada estructura de producción” de la literatura. Esta exigencia vuelve a arrojarnos a un espacio sin límites. La literatura acontece sobre un telón de fondo difuso y cambiante que debemos comprender. Aquellos textos que debemos leer, aquellos problemas que debemos analizar, aquellos procesos que debemos articular exceden lo que suele llamarse literario: los confines no se revelan sino en el propio proceso de leer. Esta exigencia nos hace lectores intrépidos, como le gusta decir a Harold Bloom de sí mismo cuando lee *La religión de los Estados Unidos*. Ahora sabemos de la importancia de este estudio para comprender la política del país del norte. Una lectura intrépida que ayude a comprender los problemas sociales más acuciantes con nuevos modos de interrogación o de lectura.

La literatura sin confines paradójicamente suele presentarse como resultante de “entornos culturales parciales”, como dice Bhabha. La literatura puede hacer que cada una de esas culturas parciales encuentre maneras de “representar las vidas que llevamos, cuestionar las convenciones, y las costumbres que heredamos, disputar y propagar las ideas e ideales que nos llegan de la forma más natural y atrevernos a mantener las esperanzas y los temores más audaces sobre el futuro”.¹ Pero justamente, como Taylor² comenta de Bhabha, necesitamos de maneras densas de hablar acerca de esa literatura y del mundo asociado a ella. Como el mismo Taylor plantea en *Las fuentes de yo*, necesitamos ricos lenguajes de trasfondo para hablar acerca de esas partes de nuestras vidas para las que aún no tenemos palabras; incluso, “para lo que tanto nos cuesta decir”.

¹ BHABHA, H. (2003): “Del derecho a escribir” en Gibney, M.: (editor) *La globalización de los derechos humanos*, Barcelona, Crítica, 2004. Traducción castellana de Helena Recassens, p. 188.

² TAYLOR, CH. (2003): “Respuesta a Bhabha” en Gibney, M.: (editor) *La globalización de los derechos humanos*, Barcelona, Crítica, 2004. Traducción castellana de Helena Recassens, p. 194.